

Correr el riesgo

Ê Ê Ê Ê Ê Entrar a un nuevo dÃ-a para ver cÃmo muere.

Ê Ê Ê Ê Ê Comenzar una hoja a ver cÃmo se escribe.
Ê Ê Ê Ê Ê Cubrirme bien los ojos para ver cÃmo veo.
Ê Ê Ê Ê Ê Acariciar el hielo para sentirme viva.
Ê Ê Ê Ê Ê Leer, releer la frase, la palabra, el rostro.
Ê Ê Ê Ê Ê Los rostros, sobre todo y pesar lo que callan.
Ê Ê Ê Ê Ê Â¿Intentarlo con pÃjaros para perder la ruta?

Ê

Ê

Sonrisas

Si a muchosÂ que yo me sÃ© les preguntaran quÃ© valor tiene la sonrisa, comenzarÃ-an por emitir una, breve y sardÃnica, perfectamente inÃtil, y de seguro responderÃ-an que ninguno, que ellos sepan. Pero, aunque no lo digan, sÃ- le suponen uno, aunque meramente crematÃstico. Saben que una sonrisa puede ser la inversiÃn requerida para conseguir algunas cosas.

Ê Ê Ê Ê Ê En este momento estoy rodeada de chinos, jÃvenes estudiantes, concienzudos, infatigables. Digo rodeada porque su proporciÃn aumentÃ en el edificio en el que vivimos: como estÃj cerca de la universidad, mÃltiples orientales carentes del gusto burguÃs por la privacidad comparten en Â©I apartamentos grandes.

Ê Ê Ê Ê Ê Esta invasiÃn corrompe el uso de la sonrisa. Los chinos no sonrÃ-en mucho, no al enorme y desconocido mundo que los rodea. Â¿Observaron los que siguieron alguna transmisiÃn de aquellas Olimpiadas chinas, las extraÃ±as, galvÃnicas muecas que, a guisa de sonrisa, los deportistas locales producÃ-an para el pÃblico o, mÃs bien, para la televisiÃn que los enfocaba? Una contracciÃn casi tetÃnica, dispuesta, sin duda, por la autoridad mÃs prÃxima, pero sin haber creado el clima para una exitosa espontaneidad.

Ê Ê Ê Ê Ê A poco de llegar a Austin notÃ© que los norteamericanos, Â©stos al menos, fuesen lo que fuesen, cristianos, mormones, retirados, burÃcratas, etcÃetera, sonrÃ-an hacia todos los puntos cardinales, sobre todo en los espacios pequeÃ±os, peligrosos de intimidad, como un ascensor. Nunca supe si lo hacÃ-an para hacerse perdonar algo o para atajar la malevolencia que imaginan latente en el mundo que siempre les serÃj ignoto. Llegada de un RÃo de la Plata mÃs bien hosco, las frecuentes sonrisas que me estaban dirigidas me intrigaban; mÃs aÃn, me creaban un problema de identidad. Al principio me dije que yo debÃ-a ser laÂ DoppelgÃngerÂ de alguna americana colmada de relaciones, miembro de un club nutridÃsimo o de una congregaciÃn que habÃ-a logrado hermanar a todos sus integrantes. De lo contrario, Â¿cÃmo se explicaba que yo anduviese por una ciudad desconocida saludando a diestra y siniestra como polÃtico en gira?

Ê Ê Ê Ê Ê Pronto descubrÃ- que aquÃ- la sonrisa nace no bien se cruzan las miradas. Era yo quien las desencadenaba, mirÃndolo todo y a todos con curiosidad, porque un americano mirado a los ojos sonrÃ-e de inmediato como un robot sin fallas. Al fin, acostumbrÃndome a ser mÃs discreta mermÃ alrededor de mÃ- el exceso que me inquietaba. Por supuesto, el normal tomar conciencia del prÃjimo, al subir y bajar de un autobÃs, al coincidir en una puerta, en un elevador, al recibir cualquier mÃ-nima atenciÃn, se complementa con una sonrisa. Por lo tanto, siempre que regreso a Montevideo debo transformar mi naturalidad. AllÃ-, en mi ciudad de origen, debo olvidar mis nuevas y buenas costumbres, porque arriesgo alguna agresiÃn verbal: allÃ- sÃlo se sonrÃ-e a un desconocido o desconocida en son de burla. Una sonrisa perdida recibe de retorno una mirada severa. AsÃ- es como corro el riesgo de morir bajo vehÃculos no menos ariscos, cuyos conductores suelen apretar los dientes ante el peatÃn osado que se le cruza en el camino.

Ê Ê Ê Ê Ê Luego, otra vez en Austin, provocho la extraÃ±ada sorpresa del conductor que no bien ve a un peatÃn que demuestra tener intenciÃn de cruzar, se detiene media cuadra antes, mientras yo, que conservo todavÃ-a el reflejo equivocado, lo miro con humildad, moviendo mi rabito imaginario, pidiendo perdÃn por mi osadÃ-a y sin resolverme a usar mi derecho al libre cruce en la zona debida. Es uno de los peligros que corre el que va y viene por el oscilante puente tendido entre paÃses que sÃlo tienen en comÃn esas modas un poco ridÃculas, transmitidas por la vÃ-a inapelable de la televisiÃn. De un lado y de otro, si me descuido, me esperan leves escaramuzas, pero reconozco que unas son fÃciles de remediar, mientras que las de allÃj, las del paÃs donde las sonrisas son tan poco usuales y se venden tan caras, empiezan a resultarme inquietantes, casi peligrosas, porque, a veces, y no sÃ© por quÃ©, descubro una imprevista, frÃ-a fijeza en los rostros que cruzo. Eso, cuando me miran.

Ê Ê Ê Ê Ê Pero volvamos a los chinos, cosa que no me es difÃcil: todavÃ-a no olvido el pasmoso espectÃculo que inaugurÃ las Olimpiadas. Ya lo sÃ©, ni falta hace que me lo digan: esa perfecciÃn la logran las dictaduras, es fruto de una masa adiestrada a someterse al LÃtigo, de la clase que sea, y a archivar el pensamiento, sin duda porque no cabe entre las horas del trabajo, de la obediencia y del sueÃo. Pero sucede que si la perfecciÃn mecÃnica puede ser odiosa, la imaginaciÃn puesta en juego por Zhang Yimou es el resultado de alguien que piensa, libre, y tambiÃn sueÃa y delira,

capaz de recrear la Muralla o la precoz aventura marítima china o imaginar el efecto de cientos de tambores tocados a la vez mientras las luces danzan sobre ellos.

Lo descubrí en Crouching Tiger, Hidden Dragon, en House of Flying Daggers, con sus luchas a vuelo limpio por los techos o en lo alto de un bosque de bambúes que se balancean mientras los enemigos, prendidos de ellos como cigarras, enfrentan sus inmensas espadas. O cuando, dos días después de la apertura de las Olimpiadas, vi en la televisión, por pura casualidad, en la versión del metraje de 2006, The First Emperor, una ópera de Tan Dun, compositor chino que vive en Nueva York, que también dirige la orquesta. En la prodigiosa puesta en escena nadie volaba, pero por sus hallazgos plásticos no pude menos que pensar en Zhang Yimou. Y era de él, como supe al final.

Siempre he sido levemente reacia al género operístico, aunque en ciertos casos —Haendel, Mozart, Purcell, Galuppi y afines— me dejo caer con delicia en sus redes. En El primer emperador no hay fantasía sino historia, que puede incluir, sí, algo de leyenda, ya que el músico que se atreve a amar a la hija del emperador, prometida a un general victorioso, aparece también como creador del himno de su país. La música se ciñe casi siempre a los cánones melódicos chinos, emplea las campanas tradicionales o una especie de arpa horizontal, tocada con plectros, combinada con arpas occidentales, mientras los coros se atienden, en cambio, a normas que nos son más familiares. El escenario estaba dominado por una gran escalinata que funcionaba como tal o se convertía en un telón de fondo. Mediante proyecciones se transformaba en un grabado antiguo o, mediante máscaras, sugería una multitud. Bajas las luces sutilísimas en variación constante, tanto para crear la ilusión de nuevos espacios como para facilitar cambios, que ni demoraban ni pesan. El resultado fue tan mágico que ahora espero el momento en que este mismo equipo asombroso ofrezca La flauta mágica, de Mozart, o El amor por las tres naranjas, de Prokofiev. Será una operación obvia. La humana, necesaria sonrisa puede ser la sonrisa del arte en plenitud.

Luego vino el espectáculo sudafricano. Toda comparación es odiosa y ésta además inoportuna por mezclar categorías distintas. Los sudafricanos son modestos y apenas aspiran, creo, a que se los tenga en cuenta. No puede decirse esto de los chinos, que se toman su tiempo sin dejar de marcar su camino. Poniendo de lado esto y las sonrisas, no puedo evitar registrar el paso del cometa del delirante fervor futbolístico. El Uruguay había sido, casi por tradición, discreto en sus triunfos, cuando los había, sobrio y cauteloso, en la misma medida en que el nacionalismo no se consideraba virtud. Hoy eso ha cambiado. Salieron cuartos en el campeonato de Sudáfrica; esa ubicación discreta se borró, sobrevaluada, bajo otra verdad que parece ser la verdad verdadera, la del alma, que se instala en comentaristas de fútbol, periodistas, en cualquier locuaz deseoso de llevar las aguas para algún molino. Quizás los emolumentos que están al fondo del escenario hayan impuesto esta imagen, aunque un cierto pudor aparte un poco los reflectores. Hasta la Academia Nacional de Letras del Uruguay quiso alcanzar también ella, tan gris, un poco del celeste reverberante y, descubierta la veta por la que podía llegar a integrar el dichoso coro, celebró el correcto modo de hablar de los jugadores. Con ello apenas lograron que todo el que no está reñido con el diccionario reflexione sobre el reducido nivel general, contra cuya mediocridad, sí, se destacan los jugadores que llevan años en el exterior, por ejemplo en España, y gozan del dinero que su condición de esclavitud entre equipos y vendedores les depara. Hasta es posible que alguno compre libros. Aquí, la sonrisa ligera del principio se cubre, qué vamos a hacer, de una tristona ironía.

Â

Hojas naturales ...o el arraigo, escribir en un espacio idóntico

Â Â Â Â Â siempre, casa o desvato.

Â Â Â Â Â Jos M. Algaba

Arrastro por los cambios un lápiz,

Â Â Â Â Â una hoja, tan sólo de papel, que quisiera

Â Â Â Â Â como de árbol, vivaz y renaciente,

Â Â Â Â Â que destilase savia y no inútil tristeza

Â Â Â Â Â y no fragilidad, disoluciones;

Â Â Â Â Â una hoja que fuese alucinada, autónoma,

Â Â Â Â Â capaz de iluminarme, llevándome

Â Â Â Â Â al pasado por una ruta honesta: abiertas

Â Â Â Â Â las paredes cegadas y limpia

Â Â Â Â Â la historia verdadera de las pintarrajeadas

Â Â Â Â Â artimañas que triunfan.

Â Â Â Â Â Hoja y lápiz para un odo limpio,

Â Â Â Â Â curioso y desconfiado.

Â

Â

Â

Â

Â

Nota:

«Correr el riesgo» se publicó originalmente en el número 74 de Luvina,
«Sonrisas» en el número 72 y «Hojas naturales» en el número 82.